

NACIONALISMO E INVENCION DE ENEMIGOS (A PROPÓSITO DE CATALUÑA)

Un rasgo del nacionalismo es su propensión a la invención de enemigos. Tiende a generar hostilidad en otros, sean cohabitantes excluidos, una nación vecina, o el Estado más amplio.

ALFONSO RUIZ MIGUEL

*A Francisco J. Laporta, Félix Ovejero Lucas
y Luis Rodríguez Abascal*

“Pero en cada uno de nosotros se esconde alguna partícula del espíritu de la masa. Por muy ardientemente que rivalicemos los unos con los otros, seguimos hermanados en las zonas más bajas de nuestro intelecto y en la inestabilidad de nuestros sentimientos”.

(Joseph Conrad, *El espejo del mar*, ed. y trad. de Javier Marías, Barcelona, Debolsillo, 2ª ed., 2013, p. 71).

Todo el mundo sabe lo que es la enemistad, pero no ocurre lo mismo con el nacionalismo, una cuestión compleja, reñida y cargada de prejuicios y malentendidos. Para aclarar el sentido en el que utilizaré ese término, diré que me sitúo entre quienes consideran el nacionalismo como una ideología política incubada en el romanticismo alemán, de Herder a Fichte: su núcleo común fue una idea de nación, entonces inédita, con dos componentes fácilmente vinculables con emociones colectivas: uno, la fundamentación naturalista, por la que cada nación es imaginada o inventada¹ como una realidad objetiva y natural existente desde siempre, con ciertos rasgos pretendidamente indelebles en lo esencial (la raza, la lengua, la religión, las costumbres, los mitos, etc.); y el otro, la valoración política, por la que la nación se convierte en protagonista de la identidad colectiva y pasa a ser el verdadero titular originario y permanente de la soberanía (como mínimo para decidir cómo organizarse políticamente, incluso dentro de una unidad política superior, pero en el ideal para realizar el lema “cada nación un Estado”).

En el significado anterior, el nacionalismo se caracteriza por la esencialización o entificación de una colectividad mediante una adscripción identitaria fuerte que subsiste antes y después del momento actual, que está por encima de los individuos que la componen en cada época y que se presenta como el verdadero protagonista político en la historia de cada pueblo. Por eso, el nacionalismo genuino no se puede identificar con la mera aceptación de un marco nacional dado o presupuesto como ámbito de un Estado. Cuando en 1789 Emmanuel Sieyès escribió que una nación es “un cuerpo de asociados que viven bajo una ley común y están representados por una misma legislatura” y que su voluntad “es el resultado de las voluntades

1 La tesis de que las naciones son comunidades “imaginadas”, más en el sentido de creadas o construidas que en el de burda y falsamente fabricadas, es de Benedict Anderson (*Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* [1983], Londres, Verso, 2ª ed. rev., 1991, p. 6); y debe complementarse con la fundamentación histórica de James Anderson según la cual, contra lo que parecería a simple vista, las naciones son creaciones de la ideología nacionalista (“Nationalism and Geography”, en J. Anderson [ed.], *The Rise of Modern State*, Nueva York, Harvester, 1986, pp. 115-142).

individuales”², estaba proponiendo un concepto de nación por completo inverso al romántico: no pretendía abarcar a las generaciones pasadas, presentes y futuras, ni hacer de la nación el sujeto por el que viven y al que se deben los individuos que la componen, sino, al contrario, proponer un marco político como mero medio para la garantía de los derechos individuales básicos de quienes habitan un territorio. Que además esa pertenencia a una nación se base o genere sentimientos de apego entre los ciudadanos y de aprecio hacia ciertos rasgos, tradiciones y creencias compartidas explica que a veces se haya querido distinguir entre nacionalismo y patriotismo (a secas o constitucional) o entre nacionalismo identitario o fuerte y nacionalismo cívico o débil, pero sin que a falta de mejor terminología el uso de un mismo término o de uno emparentado nos impida ver la enorme distancia existente entre dos posiciones conceptualmente diferentes entre sí. Para remachar la diferencia no tengo inconveniente en apuntarme a metáforas clínicas, como la de Isaiah Berlin, que caracterizó al nacionalismo como “un estado de inflamación de la conciencia nacional”³, o la más contundente de Julián Marías, de que todos tenemos un apéndice y una nación, pero sólo algunos tienen apendicitis o son nacionalistas (Savater, de quien recojo la cita, remata mordazmente la metáfora negándose a distinguir entre nacionalismos buenos y malos, defensivos y ofensivos, sino sólo entre graves y leves, una puntualización que me resulta muy oportuna para marcar el peligro de deslizamiento más o menos gradual hacia el nacionalismo más fanático⁴).

La anterior distinción entre nacionalismo identitario o esencialista y cívico o liberal permite despejar la usual objeción de algunos nacionalistas irredentos de que todos somos nacionalistas, de modo

2 *¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 90 y 172, respect. En esa línea, la Declaración de derechos de la Constitución francesa de 1793 dice en su art. 7 que “Le peuple souverain est l’universalité des citoyens français”.

3 “La rama doblada: sobre el origen del nacionalismo” (1990), en *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas* [1990], ed. de Henry Hardy, trad. cast. de J. M. Álvarez Flórez, Barcelona, Península, 1992, p. 229.

4 Cf. F. Savater, *El mito nacionalista*, Madrid, Alianza, 1996, p. 61.

que cualquier punto de vista que pretenda oponerse a sus pretensiones (por ejemplo, secesionistas) no es más que la manifestación de otro nacionalismo igual de fuerte, usualmente ya consolidado en un Estado existente y que, como tal, se da tan por supuesto que no se es consciente de él. Antes de nada, aunque esta versión del “y tú también” fuera del todo inobjetable, que no lo es, no sería en sí misma de mucha sustancia ni promovería ningún criterio racional para resolver la disputa política en cuestión, pues sólo pondría de manifiesto la oposición irreductible entre dos nacionalismos iguales, tan irreductible que el conflicto así creado sólo sería resoluble por la fuerza (por poner un ejemplo a mano, el nacionalista catalán que afirma que los catalanes no son españoles no añade ningún argumento racional al respecto diciendo que es igual de nacionalista quien afirme que los catalanes son tan españoles como los sevillanos). Sea como sea, la equiparación no se sostiene, y en adelante me referiré al nacionalismo genuino o identitario.

Más bien, y entro ya en el segundo término de mi tema, la enemistad, lo que el anterior uso del “y tú también” pone de manifiesto es la capacidad del nacionalismo de formular su disputa política en términos existenciales, de amigo-enemigo. Porque si el mundo se tuviera que dividir, como pretendió Herder, en tantos Estados como pueblos con caracteres nacionales propios y puros⁵, habría que concluir que sería tan ilusorio encontrar en la realidad semejantes especímenes colectivos como suscribir el ingenuo modelo de una vida pacífica y de apoyo mutuo entre todos ellos, que fue el modelo propugnado por la mitad ilustrada del escindido pensamiento de

5 No está de más recordar este texto de Herder: “La naturaleza educa a las familias; de ahí que el estado más natural sea también un pueblo con un carácter nacional. Éste se conserva por miles de años y puede desarrollarse con mayor naturalidad si el príncipe respectivo se empeña en ello; pues un pueblo es una planta natural lo mismo que una familia, sólo que ostenta mayor abundancia de ramas. Por consiguiente, nada se opone tanto al fin de los gobiernos como esa extensión antinatural de las naciones, la mezcla incontrolada de estirpes y razas bajo un solo cetro. El cetro de un hombre es muy débil y pequeño para unir partes tan heterogéneas. [...] Así como la ayuda y seguridad mutuas son el fin primordial de toda comunidad humana, así también no hay para el Estado orden mejor que el instituido por la naturaleza, a saber, que cada uno dentro del conjunto sea lo que la naturaleza destinó que fuera” (*Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* [1784-1791], trad. cast. de J. Rovira Armengol, Buenos Aires, Losada, 1959, p. 285).

Herder⁶. Lo que más bien se cumpliría, como lo mostró en abundancia el siglo XX, es el diagnóstico de la otra mitad del alma de Herder, la historicista, según la cual las pasiones más probables que un pueblo inspira en otro son “la envidia, el sentimiento del honor, el orgullo de la propia raza y su superioridad”⁷. A los nacionalismos los carga el diablo.

Uno de los rasgos del nacionalismo es su propensión a la invención de enemigos. Al fin y al cabo, como buen hijo del romanticismo, el nacionalismo es una de las doctrinas particularmente proclives a servirse de relatos en buena parte inventados, y sabido es que la afirmación de la identidad colectiva es siempre más rápida y sencilla de construir contra otros. No obstante, me importa señalar que la enemistad no es solo un instrumento subjetivamente utilizado por los nacionalistas, sino también un resultado objetivamente inscrito en esa ideología. Más allá de las pretensiones subjetivas de sus adalides y de sus invenciones más o menos ingenuas o deshonestas, el nacionalismo incorpora potencialmente como ingrediente objetivo la dialéctica amigo-enemigo en el sentido que le da Carl Schmitt⁸.

Ingrediente objetivo porque el nacionalismo puede ser tanto producto como productor de enemistad: su mensaje esencial –la afirmación de ser un pueblo con tales rasgos esenciales distintivos, usualmente autorreputados como superiores–, no solo suele ser una reacción hostil, real o imaginada, frente a algún agravio ajeno, sino

6 “Las patrias [...] se extienden pacíficamente unas al lado de otras y se apoyan entre sí como familias. Patrias contra patrias en un combate de sangre [Blutkampf: combate sangriento y combate basado en la sangre o raza] es la mayor barbarie en el lenguaje humano” (“Letters for the Advancement of Humanity (1793-7) [excerpts on patriotism]”, trad. de M. N. Forster, en *Philosophical Writings*, Cambridge University Press, 2002, p. 379).

7 “Treatise on the Origin of Language” (1772), en *Philosophical Writings* cit., pp. 151-152 (en el original, casi todo el texto en cursiva).

8 Benoît Pellistrandi, en un libro que resume magistralmente los antecedentes antiguos y recientes del conflicto creado por el nacionalismo catalán, destaca acertadamente el carácter “victimario y revanchista” y la regresión democrática de “la actual política en Cataluña que distingue entre amigos y enemigos”, en la que “los verdaderos (y así pues los buenos) catalanes son los que defienden la independencia”; coincido también en que, al igual que en la Italia y la Alemania de entreguerras, se ha puesto en marcha una peligrosa construcción de “la división suprema entre amigos y enemigos, entre ciudadanos y no ciudadanos” (*Le labyrinthe catalan*, París, Desclée de Brouwer, 2019, pp. 205-206).

que, dadas ciertas condiciones, tiende a generar reacciones de hostilidad en otros, sean algunos cohabitantes excluidos, esta o aquella nación vecina o, en fin, el Estado más amplio que estorba al destino de la propia nación en lo universal y al mayor control de las élites nacionalistas en lo particular.

Cuando se desencadena, la dialéctica de la hostilidad opera como la teorizó Carl Schmitt, es decir, destacando descriptivamente la existencia de un enemigo para, una vez planteado el conflicto existencial, intentar superarlo idealmente mediante una solución homogeneizadora⁹. En ese marco, las identidades colectivas en conflicto son siempre dicotómicas y excluyentes, *aut aut*, sin vía media entre el “o conmigo o contra mí” y en el límite con el *mors tua vita mea* como solución final. Frente al planteamiento liberal, que destaca la pluralidad de las posiciones y el pluralismo como solución (mediante mayorías revisables o mediante negociación), el nacionalismo propende a considerar las relaciones políticas en términos dicotómicos, de amistad-enemistad, con la pretensión de generar un orden homogéneo tras el que alienta el espectro del totalitarismo.

Esta dialéctica de enemistad puede ilustrarse con el proceso secesionista catalán de estos años, cuya médula impulsora ha sido la exacerbación del nacionalismo identitario de una parte inicialmente reducida de la población que ha logrado además atraer a otros dos sectores con motivaciones distintas y parasitarias: el de los captados por motivos de utilidad económico-social y el de los creyentes en que el río de la independencia podría conducir al torrente de la revolución. El dispositivo básico del proceso ha sido el victimismo, una estrategia a la vez inventora de agravios imaginarios (del “España nos roba” a la estrafalaria tesis de Cataluña como colonia oprimida

9 Reconstruyo así, sintéticamente, lo que en el pensamiento de Schmitt está relativamente disperso: vid., de un lado, *El concepto de lo político*. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios, ed. cast. de R. Agapito, Madrid, Alianza, 1991, esp. §§ 2 y 8; y, de otro lado, *Teoría de la Constitución* (1928), trad. de Francisco Ayala, Madrid, Alianza, 1982, §17.II. Para un reciente y competente análisis de la obra de Schmitt, vale la pena ver Josu de Miguel Bárcena y Javier Tajadura Tejada, *Kelsen versus Schmitt. Política y derecho en la crisis del constitucionalismo*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, esp. cap. IV.3.

o del Estado español como franquista y “delincuente”¹⁰) y forjadora de divisiones y odios (con sus discordias entre familiares y amigos, sus insultos, sus escraches, etc.).

Es una estrategia que tiende a provocar una enemistad reactiva en una espiral al fin y al cabo ventajista y tendencialmente productiva para el proyecto secesionista. Frente al dicho de que “dos no riñen si uno no quiere”, el provocar enemistad en el otro (a lo que una parte de las élites políticas e intelectuales catalanas se han dedicado estos años a tiempo completo, mintiendo, prometiendo el paraíso, despreciando a los no adeptos como traidores, fascistas o como simplemente “los otros”, etc.) es el camino señalado para propiciar la riña. La producción de enemistad por el secesionismo es tramposa si logra que la reacción de odio y de enemistad confirme, consolide y amplíe la fantasía de su esencialmente diferente identidad. Y la trampa del odio de algunos catalanes por lo español está en que una buena parte del resto de los españoles comience a responder con la misma moneda, lo que se había venido mantenido bastante controlado hasta la irrupción de un partido de extrema derecha españolista. En este marco de irracionalidad, la afirmación de Oriol Junqueras “Yo amo a España” (a la vez que hace todo lo posible para separarse de ella) resulta tan incomprensible y absurda como la de un fanático nacionalista español que dijera “Yo odio a Cataluña (y por eso quiero que permanezca en España)”.

El grado de amor o amistad hacia España que puede esperarse realmente del nacionalismo puede descubrirse aplicando la herramienta del análisis al conocido mantra “es catalán quien vive y trabaja en Cataluña”. Alfonso García Figueroa ya desveló con maestría el insidioso supremacismo que, junto a un cierto provincianismo, anida bajo la aparente inclusividad benevolente del mantra. Porque la frase, en efecto, oculta una presunción de superioridad del nacionalista que se considera en la posición de conceder la gracia de una particular y sobreestimada ciudadanía al emigrante o descendiente

¹⁰ Cf. Pellistrandi, *Le labyrinthe catalan* cit., p. 180.

de emigrantes asentado en Cataluña¹¹. Sin embargo, la anterior interpretación se queda corta si se tiene en cuenta la versión completa de la frase, al parecer acuñada por Jordi Pujol en los años sesenta: “Es catalán quien vive y trabaja en Cataluña, *y quiere serlo*”¹². La coletilla en cursiva deja claro que hay dos clases de catalanes: los de la definición, que siendo catalanes adventicios y voluntarios se definen por relación a una noción presupuesta de la catalanidad, y los verdaderos u originarios, que no están en la definición y que serán catalanes vivan y trabajen en Cataluña o fuera de ella y lo quieran o no. Prueba de la distinción es que la categoría de traidor (*botifler*) solo es aplicable a los catalanes de origen que no muestran el suficiente ardor patriótico. Por lo demás, en el ambiente exacerbado y tóxico del *procés* no ha faltado algún candoroso desvelamiento del tinglado de la farsa que pone la verdadera distinción entre catalanes y españoles, como mínimo, en el lugar de nacimiento¹³.

Antes he intentado separar conceptualmente de manera muy tajante el nacionalismo identitario, del que he venido hablando como nacionalismo, del nacionalismo cívico, el patriotismo constitucional o como quiera llamársele. Pero lo que es claro y distinto

11 Cf. A. García Figueroa, “Cuando los vascos eran de Marte y los catalanes de Venus. Recuerdos de un charnego en el exilio”, en <https://www.revistadelibros.com/discusion/cuando-los-vascos-eran-de-marte-y-los-catalanes-de-venus>).

12 La frase se puede encontrar en esta versión más amplia y, al parecer, genuina en unas declaraciones de Jordi Pujol recogidas en el periódico digital nacionalista *Racó català* con fecha 28/08/2006, a propósito de una propuesta del PSC y de IU-ICV de ampliar el derecho de voto a los inmigrantes en las elecciones municipales. Por lo demás, la frase parece seguir en vigor todavía, al menos en su versión habitual incompleta, pues el periódico digital *ara.cat*, en una página titulada “Judici al procés” con fecha 15/05/2018, afirma: “El president de la Generalitat, Quim Torra, ha insistit que, per a ell, «és català tot aquell qui viu i treballa a Catalunya”.

13 No tuvo mucha repercusión en su momento, pero lo ha recordado Pellistrandi: “El 18 de agosto de 2017, el consejero del Interior del gobierno catalán, Joaquin Forn, hacía balance de los atentados de la víspera. Distinguió los “españoles” de los “catalanes. Entre las víctimas españolas, un hombre nacido en 1960 en Málaga, Francisco López Rodríguez, llegado a Barcelona con sus padres en 1973 y que había vivido más de cuarenta años en Cataluña...” (*Le labyrinthe catalan* cit., p. 204). En el texto digo “como mínimo” porque hay quien habiendo nacido en Cataluña y sido escolarizada en catalán, pero no siendo hija de catalanes, ha sido presentada por algún “verdadero” catalán del siguiente modo: “Es castellana aunque habla muy bien catalán” (la afectada, Mònica García, lo contaba en un tweet que llegó a tener un millón y medio de lecturas, hoy borrado por la compañía: vid. https://twitter.com/montse_garcia/status/1107903729825693696, si es que este último tweet sigue vivo todavía).

en los conceptos puede ser difuso y continuo en los hechos. Y en los hechos el nacionalismo identitario en acción no solo radicaliza a sus creyentes, sino que, por reacción, tiene el riesgo de convertirse en una especie de agujero negro que expande el nacionalismo identitario entre sus oponentes. El nacionalismo cívico, en los hechos, puede convertirse en étnico, como lo muestra la reciente historia de los Balcanes¹⁴.

Ser conscientes de las insidias de esta dialéctica del amigo-enemigo me parece esencial para intentar mantener el norte sobre lo que hoy está en juego y que tan irresponsablemente ha sido puesto en riesgo por los secesionistas catalanes: la subsistencia del sistema democrático mismo en España y en Cataluña. La actual fractura dentro del constitucionalismo, que amenaza con exacerbar también la dialéctica izquierda-derecha, aumenta los riesgos y no augura nada bueno. El Foro de profesores, creado en defensa de la Constitución y de la unidad de ciudadanía en España desde la pluralidad de diferentes visiones políticas, puede contribuir a exigir a los partidos constitucionalistas un acuerdo básico que, más allá de la exclusión del *raca raca* secesionista del referéndum, debería contener al menos dos puntos.

Ante todo, se debe olvidar el recurso facilón y ya extenuado al “más autogobierno”, que en la aciaga senda de la teoría del salchichón deja incólume lo ya conseguido por los nacionalistas para que sigan cortando y comiendo las rodajas siguientes: en vez de más, hace falta un mejor autogobierno, es decir, un reparto sensato y equilibrado de competencias donde el Estado debe ser mucho más visible en todas las Comunidades Autónomas para garantizar la igualdad, al menos en educación y sanidad. En segundo lugar, hacen falta políticas y reformas legales que primen la lealtad y desalienten la deslealtad territorial: al margen de reformas legales de mayor

¹⁴ Remito sobre ello al certero comentario de Martín Alonso a un libro de Carlos Taibo sobre la desintegración de Yugoslavia, “Yugoslavia: Anatomía de un proceso de destrucción”, *Revista de Libros*, 03/12/2018.

calibre que deberíamos meditar ¹⁵, hoy por hoy y en concreto solo debería ser posible un diálogo auténtico con los nacionalistas desde una básica lealtad a la Constitución y el Estado de Derecho, pues pretender acordar algo con quien solo es fiel a la idea de una nueva frontera es tan estúpido como conceder indultos a cambio de nada (mejor dicho, a cambio de un aparente respiro hasta la próxima intentona)¹⁶. Ambos puntos son en realidad convergentes, y si no logramos avances sustanciales en ellos podremos volver por algún tiempo, si acaso, al espantajo de la orteguiana conllevancia, pero solo para terminar en la malquerencia, es decir, en el logro del objetivo inmanente del nacionalismo¹⁷. 🐣

ALFONSO RUIZ MIGUEL ES CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA DEL DERECHO EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID.

-
- 15** Sobre la compleja cuestión de la democracia militante, que plantea cuestiones que van desde la validez y alcance del juramento de los cargos públicos hasta la ilegalización de los partidos que propugnen o practiquen la violencia u otros medios palmariamente inconstitucionales, pueden verse unas jugosas y sensatas consideraciones en De Miguel y Tajadura, *Kelsen versus Schmitt cit.*, pp. 210-213.
- 16** Ciertamente, la enemistad radical alentada por el secesionismo coloca al Estado en la endiablada posición de intentar recuperar el amplio terreno ya conquistado por el nacionalismo sin, a la vez, adoptar medidas extremas que puedan ser contraproducentes. Como advirtió Maquiavelo, son “infelices aquellos príncipes que para asegurar su estado tienen que mantener vías extraordinarias y tienen por enemiga a la multitud: porque [...] quien tiene por enemigo al pueblo nunca está seguro, y cuanta más crueldad usa más débil se hace su principado” (*Discorsi sopra la Prima Deca di Tito Livio*, I.16). Ese difícil equilibrio debe buscarse promoviendo políticas que fortalezcan a la mayoría de la población catalana sometida por la minoría nacionalista, que sin embargo viene siendo abrumadoramente hegemónica desde el punto de vista cultural y político.
- 17** El presente texto desarrolla una ponencia presentada en el I Congreso del Foro de Profesores, Valladolid, 26 abril 2019.